EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

NI MAR NI CIELO Ó LA MONJA DEL PUÑALET

Tragi-comedia en un acto y tres cuadros, en verso

ORIGINAL DE

ENRIQUE G. BEDMAR

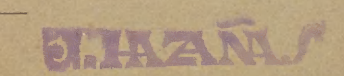
PARODIA DE

MAR Y CIELO

TRAGEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON ANGEL GUIMERA



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1892

NI MAR NI CIELO O LA MONJA DEL PUÑALET

NI MAR NI CIELO Ó LA MONJA DEL PUÑALET

TRAGI-COMEDIA ORIGINAL EN UN ACTO DIVIDIDA EN TRES CUADROS
Y EN VERSO RIMADO
QUE ES COMO SI DIJÉRAMOS CAUTIVO, PERO CON PERSONAJES ALGO LIBRES

PARODIA DE

MAR Y CIELO

TRAGEDIA EN TRES ACTOS, SEMI REGIONAL Y ORIGINAL
ESCRITA EN CATALÁN Y EN VERSO SUELTO

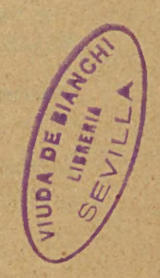
POR D. ANGEL GUIMERÁ
notabilísimo dramaturgo, y traducida al castellano en verso libre,
pero con personajes cautivos

POR D. ENRIQUE GASPAR
eminente autor dramático y poeta casi regional y valenciano

POR

ENRIQUE G. BEDMAR

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO DE NOVEDADES el 31
de Marzo de 1892.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES		ACTORES
BLANCA, doncella muy calificada por su manifiesta vocación de monja...	SRTA.	MONEDERO.
SÁID, uno de nuestros primeros gitanos, cuatreros y jefe de secuestradores; pero á pesar de todo muy decente, muy caballero y muy poeta..	SR.	GALÉ.
CARLOS, beato mayormente, fanático é intransigente, padre de Blanca...	»	ESPANTALEÓN.
FERRÁN, mancebo aspirante á pretendiente de amante de Blanca y que con ella quiere *romandiñarse*, in artículo *secuestris*, ó como si digéramos *in artículo mortis*, y con la circunstancia agravante de ser su primo..........................	»	FERNANDEZ.
JUAN, gaché renegado por mor de su mujer y de amantes de su mujer..	»	NORTES.
HASÉN, perro buldok de Sáid. Habla ó ladra según las circunstancias, y se hace por último perro de Terranova........................	»	GORDILLO.
GUILLÉN, un guillado que en seguida se las guilla....................	»	ESTRADA.
MALEK, segundo de Sáid...........	»	CALVERÁ.

Secuestrados, Secuestradores, Gitanos, Soldados y Pueblo.

Epocas: La de la tragedia, 1630. La de la parodia, 1892.

Izquierda y derecha con relación á los actores.

Los paréntesis son apartes.

Todas las frases, versos ó palabras subrayadas ó marcadas con comillas (menos las del dialecto gitano,) están tomadas literalmente del texto de la tragedia original.

ACTO ÚNICO

El teatro representa una cueva habitada por gitanos y secuestradores. A la derecha de la estancia, y en su techumbre formada de rocas desiguales, una abertura que sirve como de claraboya para dar paso á la luz. Debajo de dicha claraboya un anchuroso brocal de pozo ó cisterna, y unos palos de los que pende una polea. Al fondo derecha del foro, puerta tosca y pequeña, practicable. A la izquierda y unida al mismo foro, una escalera tosca y practicable también, que da acceso á dicha cueva, y comunica con otros departamentos de la parte superior de la misma. En el primer término lateral de la izquierda de la cueva, un camastro con cortinaje, en el que está acostado Sáid. Los accesorios de la cueva... á la fantasía del pintor.

ESCENA PRIMERA

JUAN y HASÉN; SÁID está durmiendo en su camastro. Juan, aparecerá afilando unas grandes tijeras, de las que usan los gitanos para esquilar.

HASEN. ¿No acabas de amolarme esas tixeras?...
JUAN. Ya están; puedes usarlas cuando quieras.
(Se las entrega, y Hasén se las prueba en las uñas.)

HASEN. Cortan bien: el trabajo es como tuyo.
JUAN. Sirven para horadar cualquier banduyo,
y sirven igualmente
para esquilar también.
HASEN. Perfectamente.
Cobrar ahora te toca los monises.
¿Cuánto te debo?...
JUAN. Diez maravedises...
HASEN. Mira, Juan, que eso es mucho.
JUAN. Pues no te llevo más, por ser tú el chucho
ó el perro de Sáid; si se tratara
de otro, créemelo, Hasén... más le costara.
Tanto á Sáid venero
como secuestrador, como cuatrero,
y esquilador también, y gran gitano,
que venerarlo más, no está en lo humano.
¡Cómo sabe atrapar en los caminos
las yeguas, los caballos, los pollinos!...
¡Cómo su astucia y su valor demuestra,
la infinidad de gentes que secuestra!...
¿Va mejor de su herida?...
HASEN. Ya está bueno
casi del todo... Mira qué sereno
y con qué majestad en su persona,
allí durmiendo está su última mona...
Anoche la atrapó, pues celebramos
el gran secuestro que anteayer logramos.
Seis caballos, diez hombres, un mancebo
de lujoso vestir... y aunque no nuevo
sino anciano, un señor, que de prestigio
debe de ser... su hija; el gran prodigio
de femenil belleza, sin lisonja,
que iba á tomar el hábito de monja.
JUAN. Y con ella... ¿Qué haréis?...
HASEN. Pues... destinarla
á cualesquiera harém... aquí á comprarla
argelinos corsarios, sin demora
han de llegar... y puede esa señora,

sin que pase tal vez una semana,
si la suerte le sopla, á ser sultana.

JUAN. (¡Qué horror!)

SAID. ¡Mi perro! ¡Hasén!... ¡Ven acá, chucho!

(Despertando y llamándole con furia.)

HASEN. (¡Qué carácter tan dulce!... A este avechucho
un día se la urdo yo con queso,
y lo dejo de un golpe patitieso.)
¿Qué me mandas, señor?...

SAID. Este vendaje
me oprime y me lastima, algún salvaje
me lo puso...

HASEN. Fuí yo.

SAID. ¡Claro! ¿No dije?

HASEN. Pues bien, lo aflojaré si así le aflige.

(Se pone á hacerlo.)

SAID. ¡Mal rayo!... ¡Quita!... ¡Vete!... Más se aviva
mi dolor... Haz que venga la cautiva.

(Hasén entra por la puerta que hay á la derecha del foro, y sale en seguida con Blanca y Carlos.)

Acércate, cristiana,
véndame tú mejor...

CARLOS. ¡No es cirujana!

SAID. Ahora lo empieza á ser... Mando que ejerza
ese cargo por bien, ó por la fuerza.

BLANCA. Por bien lo ejerceré; no haya disputa.
(¡Hay que ceder ante la fuerza bruta!)

(Se pone á arreglarle el vendaje del brazo izquierdo.)

SAID. ¡Oye, cristiana, dí, ¿cómo te nombras?

BLANCA. Blanca.

SAID. ¡Me heriste aquí! (En el corazón.)

BLANCA. ¿De qué te asombras?

SAID. ¡Tienes el mismo nombre de mi madre!

CARLOS. ¿Tocaya de una hereje? ¡Oh! ¡Nunca!

BLANCA. ¡Ay, padre!

CARLOS. Me asusta coincidencia tan diabólica.

BLANCA. No tengáis santidad tan hiperbólica...
que esa exageración de juicio os priva.

SAID. (Ella es mejor que él...) ¡Vamos arriba!
(A Hasén, á Juan y á Malek: estos dos últimos estarán sentados hacia el foro, y Hasén junto á Sáid. Todos se marchan por la escalera.)

ESCENA II

BLANCA y CARLOS

CARLOS. Hija, fuerza es morir...
BLANCA. Ya lo sabemos.
¿Y entònces... nos matamos ó qué hacemos?
CARLOS. ¡Ah! ¡Nunca! ¡No! ¡eso no! ¡Mísera! ¿Olvidas
que al infierno van siempre los suicidas?
BLANCA. ¿No me habéis dicho vos, que es meritorio
el matar los herejes?
CARLOS. Es notorio:
en servicio de Dios darles la muerte,
en lauro y gloria eterna se convierte.
BLANCA. ¿Pues no ama Dios á todas sus criaturas?
CARLOS. ¡Blanca!... No nos metamos en honduras.
BLANCA. ¿*Vos me hicísteis cual soy*? Yo lo pregunto
de una manera igual, punto por punto,
que en *Mar y cielo*.
CARLOS. Y bien; ¿eso á qué viene?
BLANCA. *Acaso en esta* cueva *Dios me tiene*
sometida á una prueba que concluya
declarándome digna esposa suya...
¡Conque en la luz divina ahora envolvámonos!...
¡Los gitanos!...
(Viendo aparecer en la escalera á Hasén y Malek, que traen á Ferrán, y bajan á la cueva.)
CARLOS. ¡Gran Dios! Apaga y vámonos.
(Entran por la puerta por donde salieron, esto es, derecha del foro.)

ESCENA III

HASEN y FERRAN. Malek se vuelve a ir por la escalera.

FERRAN. ¿Conque Sáid quiere hablarme?

HASEN. Eso me ha dicho.
FERRAN. ¿Y cómo no está aquí?
HASEN. ¡Pues esa es buena!
Porque está en otra parte.
FERRAN. No dí en ello.
Ya deseaba yo la conferencia.
Es un *cañí* que á mí me gusta mucho
y cautivan su aspecto y su presencia.
HASEN. Yo lo creo, á tí ya te ha cautivado.
FERRAN. No hablaba en tal sentido... Pero cuenta
de mi prima y mi tío todo aquello
que sea de interés y les concierna.
HASEN. Contar... contar... yo nunca cuento nada;
por no contar, ni aun cuento la moneda.
(Dice esto subiendo la escalnra y desapareco.)

ESCENA IV

FERRAN y BLANCA. Esta sale de su departamonto.

BLANCA. *Tu voz reconocí; no me he engañado.*
FERRAN. *¿Y tu padre?*
BLANCA. *¿Le aviso?*
FERRAN. *Luégo.* En esta
ocasión no hace falta...
BLANCA. ¿Sabes algo?
FERRAN. Sólo sé que la suerte nos reserva
la de vendidos ser cual mercancías,
ó de un modo peor... como las bestias.
Por tí lo siento.
BLANCA. Gracias: igualmente.
Pero si Dios me ayuda y con mi empresa
salgo airosa...
FERRAN. ¿Cuál es?
BLANCA. Un gran secreto.
FERRAN. Secreto por secreto... Escucha atenta.
Tu madre...
BLANCA. ¿Qué?...
FERRAN. Tu madre...

BLANCA. Acaba pronto.
FERRAN. Quiso que tú mi dulce compañera
fueses; te destinaba á ser mi esposa.
Murió cuando tú estabas en la tierna
edad de los tres años, y por eso
nada te pudo hablar...
BLANCA. ¿Y hasta la fecha
lo has tenido callado? ¡Pues no hay duda
que ahora me das una noticia fresca!
¡Y en qué ocasión tan oportuna, cielos!
¡cuando en el aire está nuestra existencia!
FERRAN. ¡Pero es que yo te amo desde entonces!
BLANCA. Tus frases pecadoras me exacerban,
y en las mismas palabras te contesto
que oí de *Mar y cielo* en la tragedia:
¿qué ves, mundano, en mí que así te atreves
empañando el cristal de mi inocencia,
á hablarme del amor, hijo del diablo?
FERRAN. Pues... ¡hija de tu madre!... tu belleza
corporal y moral... tus perfecciones
y demás que compendio en una etcétera.
BLANCA. Venid, padre, venid, y respondedle.
(Viéndole salir por la puerta derecha del fondo.)

ESCENA V

BLANCA, FERRAN y CARLOS

CARLOS. ¿Pero por qué movíais tanta gresca?
FERRAN. ¡Pues todo por decirle que la amaba!
CARLOS. Comprendo que se ponga hecha una fiera:
¡buena ocasión para escuchar arrullos!
Y además, que tú tienes la evidencia
de que se debe á Dios... ¿A disputársela
llegarán tu osadía y tu soberbia?
FERRAN. Yo lo hacía tan sólo...
CARLOS. ¿Por qué causa?
FERRAN. Hay una escena igual en la tragedia

de *Mar y cielo.*

CARLOS. ¿Sí? Pues me retracto.
Entonces la ocasión es la más buena.

ESCENA VI

DICHOS y JUAN. Éste aparecerá bajando por la escalera, y cuando le falten cuatro ó seis escalones, se parará y dirá el parlamento que se le marca. Blanca se pone á mirar alternativamente á la claraboya y al fondo de la cisterna. Carlos y Ferrán hablan aparte al lado opuesto.

JUAN. Debo hacer que mi historia sepa el público
y por eso he bajado la escalera.
Mi nombre y mi apellido son Juan Lanas;
fuí comerciante en cueros en Valencia;
me casé y enviudé; maté á mi esposa;
se me escapó con otro (antes de muerta,
por supuesto); mas bueno es explicarlo
para que la sintáxis no padezca.
Anduve errante un tiempo y vagabundo;
de la justicia huyendo, á estos gateras
de gitanos me uní, y el mejor día
les juego una pasada de las buenas;
que ellos al fin son moros disfrazados,
y es la ley del Corán la que profesan.
(Dicho lo anterior, empieza á subir la escalera ó lo que le resta de ella, mientras Blanca declama, y cuando la misma Blanca entra en su cuarto, él desaparece diciendo los versos que se le señalan.)

BLANCA. Murmuradoras aguas aquí abajo
gimen dentro de lóbrega cisterna;
encarcelado así gime mi espíritu
en la prisión ruín de la materia.
NI MAR NI CIELO aquí; me entro en mi cuarto. (Lo hace.)

JUAN. Pues yo voy á subir por la escalera...
(Así que ha desaparecido Juan, aparecen en la escalera bajándola Sáid, Malek, Juan y otros varios gitanos, que llegan á escena y quedan en segundo término.)

ESCENA VII

CARLOS, FERRÁN, SAID, HASÉN, MALEK y otros varios Gitanos, y acompañamiento.

SAID. (A Ferrán.) *Chirigima*; adelante, decir quise.
FERRAN. No hablo el gitano, lo que quieras dímelo
en otra forma...
SAID. Bien, *gaché*... ¿Tu nombre?
FERRAN. Ferrán Marquet: de Palma...
SAID. Buen palmito.
FERRAN. (Me hace temblar y soy valiente.)
SAID. Escucha...
Tú estás en el secreto de un alijo
que en tu tierra se hará; te me berreas
y yo lo cojo... ¿estás?...
FERRAN. ¡Eso es indigno!
SAID. ¿Cuándo y cómo la cosa se realiza?...
FERRAN. ¡Mátame cuando quieras, nada digo!
SAID. (¡Me gusta su altivéz, si habla lo cuelgo!
Corsarios y gitanos, igualitos
somos en esto; un rasgo de nobleza
nos subyuga, nos cambia los instintos,
nos hace desistir de las rapiñas,
nos transforma en ascetas y hasta en místicos.)
MALEK. Hazle á la fuerza hablar; que dé la clave,
ó su *mulabardó* seré aquí mismo:
es decir, su verdugo...
CARLOS. ¡Ah! ¡Perros viles!
SAID. ¡Me va á hacer estallar este cernícalo!
¿Y á tí quién te da vela en este entierro?...
La cristiana traed, la necesito...
¡Oh, sí, traedla aquí!... ¡Que me la tráigan!
FERRAN. (¿Qué irá á hacer, cielo santo?)

ESCENA VIII

DICHOS y BLANCA, saliendo de su departamento y llegándose junto á Sáid.

BLANCA. ¿A qué esos gritos?...
SAID. *No tardes cuando llamo. Anda, á ese viejo*
llévatelo de aquí... si no... lo trincho...
BLANCA. (Padre, lo provocáis, y sois su esclavo...)
FERRAN. ¿Calma!... (A Carlos.)
CARLOS. ¡Réprobos!
FERRAN. ¡Calma!
SAID. (A Hasén.) Tú, á tu sitio...
(Hasen se coloca detrás de Sáid.)
Quiero á mis anchas ver cómo se enfosca
ese gallo sin cresta ni espolones.
CARLOS. ¡Eh!... poco á poco, muchedumbre tosca,
de pérdis, y cobardes y faltones...
BLANCA. Padre, no así con ánimo resuelto
la injuria redobláis cada vegada:
mirad que os pueden dar una guantada
y ved que puede ser de cuello vuelto.
SAID. ¡Miserable felón!... ¡Miradlo todos!...
CARLOS. ¡Cómo! ¿pelón á mí?...
SAID. ¡Felón he dicho,
con efe, no con pe!...
CARLOS. De todos modos
me insultas sin razón y á tu capricho.
SAID. De la cristiana secta al fin tú eres
de aquellos que á mi madre asesinaron,
y niño, de sus brazos me arrancaron
hollando ritos, pactos y deberes.
BLANCA. ¡Oh! ¡Buen Jesús!... ¡Tu religión no es esa!
eso me causa horror, me causa espanto,
por vuestra madre lloro, y es mi llanto
manantial de piedad que nunca cesa.
CARLOS. ¡Cómo!... ¿Lloras por ella?... ¿Por la hereje?...

BLANCA, *Eso, padre, ante Dios*; eso es lo justo.
SAID. A un tribunal tan alto y tan augusto
no se lleva el rencor...
CARLOS. ¡Valiente *pege*!
SAID. ¡Fanático infernal!... Desprecio al alma
le inspiras sólamente... Hasén, ya es hora
que toquen á silencio... y vos, señora,
os podéis recoger, cobrando calma.
(Hasén se va por la escalera.)

ESCENA IX

BLANCA, CARLOS y SAID

SAID. (Contrapuestas ideas me combaten...
Debilidad, caprichos ó misterios...
Rarezas de *rumí*... *¿Pues no lloraba?*...
(Carlos rechazando á Blanca que va á hablarlo.)
¡Quita!
BLANCA. *¿Me rechazáis?*
CARLOS. *Es que no debo*
llamarte mi hija, no.
BLANCA. Débil he sido.
Perdon vengo á pedir; mi llanto execro.
Padre, ante Dios, os juro que esta noche
á celestial influjo obedeciendo,
mi falta borraré. Tengo vergüenza...
CARLOS. Lo voy dudando mucho...
BLANCA. ¡Pues creedlo!...
(Entra con su padre por la puerta de la derecha del foro.)

ESCENA X

SÁID; después HASÉN, que baja por la escalera, y se va aproximando á Sáid.

(Se oye el toque de un cencerro que saca á Sáid del ensimismamiento en que estaba.)

SAID. Por fin me dejan solo... lo anhelaba...
y pues sonó ya el toque de silencio,
lo mejor es dormir...
(Se echa en el camastro, sin descorrer del todo la cortina.)
¡Vuelta á esta idea!...
Me sorprendió su llanto... de su tierno
corazón emanaba; no, no hay duda;
de piedad un raudal brotó en su pecho;
veláronse sus ojos empañados
por las nubes de un noble sentimiento,
y aquellos soles siempre refulgentes
perlas lloraron de amoroso afecto,
por mi madre, por mí, por una raza
quizás desheredada de los cielos...
¡Hola!—Se me dirá:—«¿Cómo un gitano
así improvisa tal ración de versos?...»
Soy, por decirlo así, gitano lírico,
y conozco á un corsario de igual género.

HASEN. ¿No te has dormido, Sáid?...

SAID. Quise, y no pude.

HASEN. ¿Viste de la cristiana el llanto acerbo?...

SAID. ¡Ah!... ¿Tú lo reparaste?...
(Descorriendo la cortina precipitadamente.)

HASEN. Sí, lloraba:
mas vaya usté á saber, si verdadero
era el llanto, ó fingido.

SAID. *Estoy seguro:*
lloraba, y de verdad;

HASEN. Pues yo no creo...

SAID. ¡Vete, vete!... ó te rompo la cabeza.
(Incorporándose y señalándole la escalera.)
Cuando lo digo, es que lo sé... (Corre del todo la cortina.)

HASEN. ¡Qué genio!
(Empieza á subir la escalera y se sienta en uno de los escalones, y después se acuesta en él y se duerme.)
Pago su mal humor, y ni sospecha
que yo aquí contra todos le defiendo.
Su perro se me llama; ¡*á mucha honra*!

El perro junto al amo... Aquí me acuesto.

ESCENA XI

SÁID y BLANCA. Ésta muy conmovida, aparece en la puerta de su departamento, y haciendo varias pausas, va avanzando por la escena, á medida que dice el monólogo.

BLANCA. ¡Llegó la hora!... ¡El corazón me estalla!...
¡Perdón, Señor, si te ofendí!... El desprecio
que me inspiro á mí misma, es tan sin límites,
que castigada estoy con grande exceso.
Soy peor que la Chirlos y la Chata,
y la Boa, y la Péndola y la Pelos...
Allí le siento... allí... ¿Pero esta fiera
respira cual mi padre?... ¡Ah! yo no puedo
consentirlo... ¡eso no! ¡Como mi padre
nadie tiene á roncar ningún derecho!...
Si yo lo consintiese... ¿qué diría
el autor de la obra *Mar y cielo*?...
¡Muere! ¡Infame!...
(Metiendo el brazo por entre las cortinas armado de un puñal y asestando un golpe.)

SAID. ¡Traición!... ¡Oh!... ¡La cautiva!...
(Sáid ha cogido el brazo de Blanca y luchando con ella la lleva al centro de la escena.)
¡Mujer extraña á la que no comprendo!...

BLANCA. ¡Ay de mí!

SAID. ¿Me odias tanto?... ¡No, no tiembles;
lloraste por mi madre, y lo recuerdo
con gratitud, con efusión, con éxtasis!...
¡Alza el puñal!... No temas; aquí dentro
(Abriéndose la vestidura por el pecho y dándola el puñal que la quitó.)
no hay nada...

BLANCA. Aquí tampoco. (Señalándose el pecho.)

SAID. Pues diríase...
¡*Clávame el corazón*, si es que lo tengo,

como quien clava un escorpión en tierra!

BLANCA. ¡Ay!...

(Desmayándose y siendo sostenida al caer por Sáid.)

SAID. Le acomete un súbito mareo...

¡*Choror pindorra*!... ¡Pobre niña!... ¡Cálmate!...

¡que con mis férreos brazos te protejo!

(Sosteniéndola y mirándola con éxtasis. Telón.)

FIN DEL PRIMER CUADRO

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

BLANCA, CARLOS y JUAN. Los dos primeros acaban de comer. Un gitano recoge y se lleva los platos y demás servicio. Carlos, sentado y con la cabeza inclinada, se apoya sobre la mesa. Blanca, muy abstraída. Juan los observa á cierta distancia.

JUAN. (Si dan en no comer, van á morirse;
cada día me inspiran mayor lástima:
á la justicia yo, le dí ya el soplo;
libres pronto serán.)

CARLOS. Veo que no tratas
á estos viles gitanos con desprecio...
y con rigor, y hasta con ellos hablas...
Hasta otro es Sáid...

BLANCA. *Pues yo no hablo con ese
infeliz...*

CARLOS. ¡No! ¡ladrón! ¡infiel!... ¡Canalla!
que roba y mata, y asesina y... ¡todo!...
BLANCA. ¿Y qué es todo, señor?
CARLOS. No tengo ganas
de más conversación. Hagamos punto.
BLANCA. Venid, padre, venid; tenéis el alma
conturbada y reposo necesita.
(Lo lleva hasta la puerta de su departamento, lo hace entrar y ella vuelve á escena.)

ESCENA II

BLANCA

Tengo piedad de él, que roba y mata
y *todo*... esto es horrible... ¿mas qué es *todo*?...
¡ello es que al fin mi voluntad embarga!
¿Este puñal, quién colocó en mi seno
en el mismo lugar que antes estaba?...
(Mostrando el puñal.)
su sacrílega mano fué sin duda,
me lo dice el sonrojo que me abrasa.
(Entra en su departamento.)

ESCENA III

SÁID, bajando la escalera.

¡Oh, qué cambio en mi sér!... ¡No me conozco!
¡Cómo me ha vuelto loco esa cristiana,
desde el instante en que matarme quiso!...
Pues claro está; ya es cosa averiguada,
que un hombre se enamora locamente
de cualquiera mujer, cuando lo mata.
Es decir, si lo mata, ya no hay caso,
si lo intenta matar... como á mi Blanca...
¡Y cómo huele!... ¡ay, *mare!... Su perfume no*
es sólo aroma, es algo que embriaga...

¿Y habrá de ir á un harém, digo yo ahora?...
¡Cuando la dí á su padre fuí un liláila!
Desmayada la tuve entre mis brazos,
y pude á mis anchuras contemplarla
de hito en hito, á sabor, á flor de labio,
(sabor y flor que tienen mucha labia)
diciéndola, *en su aliento revolcándome,*
¡ole ya!... y ¡alza el párpado, cristiana!
Y... ¡nada más!... Supuesto que lo otro
que en *Mar y cielo* dicen... lo de *ahogarla*
á besos hasta hacerla... ¡Vamos!... ¡Vamos!...
tenemos que pasar, cual sobre ascuas,
por ciertos versos libres... ¡y tan libres!...
Si ella otra vez en mi poder se hallara
del mismo modo .. ¡Bah!... lo que hice entonces
lo volvería á hacer. . se la entregaba
á su padre, sencilla y buenamente;
sin mirarla una vez, hecho una estátua,
que ni alienta ni siente... ¡*Qué vergüenza*!
¿soy un niño quizás, ó soy un mandria?...
(Se marcha subiendo la escalera.)

ESCENA IV

CARLOS y BLANCA, saliendo de [redacted] departamento. Después
FERRÁN

BLANCA. Aquí estamos mejor, aquello es lóbrego
y alguna claridad aquí penetra...
Mas Ferrán viene aquí...
(Viéndolo aparecer y bajar la escalera.)

FERRAN. ¡*Buen tío*! ¡*Oh, prima*!
Ya lo véis, ¡qué fortuna! Se me deja
llegar hasta vosotros; el gitano,
jefe del aduar, así lo ordena.

CARLOS. ¡*El!*... ¿*Blanca*?... (Interrogándola con gran sorpresa.)

BLANCA. *La verdad: yo os aseguro*
que no se lo he pedido. (Tal licencia
por agradarme dió... ¡Me ruboriza!)

ESCENA V

DICHOS y SÁID, que baja sin ser visto y se para escuchando al pié de la escalera.

BLANCA. Padre, tengo que hablarle con reserva
á mi primo un momento, el distraído
os deberéis hacer...

CARLOS. Corriente, sea.
(Se pone á pasear con la cabeza muy inclinada, mirando al suelo.)

BLANCA. (A Ferrán.) Júrame que la muerte habrás de darme,
si la ocasión llegare en que me vendan
para un harém. Este puñal que oculto
(Sacándolo del pecho y mostrándolo.)
cumplir te hará la bárbara sentencia.

FERRAN. ¡Por compasión!

BLANCA. ¡Cobarde! ¿Qué es la muerte?

FERRAN. ¡*Blanca*! *No puede ser, no tengo fuerzas*
contra tí...

BLANCA. ¿Y tú me amabas?...

FERRAN. Sí.

SAID. ¡Ya basta!...
(Reprimiendo la ira.)
Vete á la cuadra con los presos... ¡ea!
(Aparta á Blanca y á Ferrán, y éstos se agrupan con Carlos como para despedirse.)
(¡Se amaban!... ¡Oh! ¡Se amaban!... Si aquí ahora
la pólvora tuviese, hechos pavesas
quedaban ella y él... ¡y yo lo mismo!
¡Horrible sed de sangre me atormenta!
(Revolcándose en el camastro.)
¡Qué rabia!... ¡*aquí en el pecho... y en las sienes*,
qué negros pensamientos se condensan!...

FERRAN. (A Carlos y á Blanca.)
¡Pero mirad! ¿Qué tiene? Ved su cara...

CARLOS. Se desgañita, y rabia y patalea,

cual niño consentido á quien no otorgan
el dulce ó los juguetes porque anhela.
¡Qué lástima de azotes!...

BLANCA. Me extremece...
¡Oh! ¡Sí! ¡sí! ¡se retuerce y se revuelca!

CARLOS. De cólico nefrítico es su aspecto...

SAID. (¿Si fuese un error mío? Acaso sea.
Quiero saberlo, y hablará...) Responde.
¿Tú amas á esta mujer?

FERRAN. No doy respuestas
cuando así se me piden...

SAID. ¡Pronto!

FERRAN. ¡Nunca!

BLANCA. ¡Sosegáos, señor! ¡Tened clemencia!

SAID. ¿Y le defiendes tú?... No te extermino
no sé por qué...

BLANCA. (¡Sus ojos centellean!)

SAID. ¡Tú la causa de todo!

BLANCA. ¡Padre! ¡Padre!
(Con sumo terror y refugiándose en él.)

SAID. No te espantes, no tiembles, nada temas,
y no me huyas; de tu boca quiero
la verdad... ¿La dirás?

BLANCA. Ni obscurecerla
he procurado nunca, ni ocultarla.

SAID. (A Ferrán.) Tú, vete con los otros...

BLANCA. La postrera
palabra permitidme... ¡Ferrán!... ¡Júrame
(Llevándole un poco separado de los interlocutores.)
que antes de que estos hombres me envilezcan,
me matarás!...

FERRAN. ¡Lo juro!

BLANCA. ¡Oh, gracias! ¡Márchate!
(Le da un beso en la mano.)

SAID. ¡Ya no se va!

BLANCA. ¿Por qué? (Con dulzura.)

SAID. Porque se queda. (Muy seco.)
No sé explicar por qué; pero te odio

y muerte te daré, cuando las huellas
de ese beso en tu mano hayan borrado
hierro candente y asquerosa lepra
que te haré inocular: cuando destine
el arrogante esfuerzo de tu diestra
al servicio mecánico y rastrero,
que mi hueste gitana más desdeña,
y más puede humillarte .. ¿No imaginas
qué ocupación mi encono te reserva?
¡Aprisionado aquí mientras seas joven,
condenado estarás á hacer calcetas!!...
Y... ahora *en sus brazos cae, pecho con pecho,*
boca con boca... ¡claro! En la tragedia
se ordena así... Del *lupanar* soy *amo*,
y vuestro amor es justo que *proteja.*
(Todo esto se dirá en el colmo de la exaltación.)

CARLOS. ¡Loco sin duda está! ¡Y aún á su madre
quiere hacer respetar!... ¡Sólo rameras
dan hijos como tú!

BLANCA. (¡Ya se ha caído!
ahora Sáid, ¡Dios mío! lo revienta!)

SAID. ¿Qué has dicho, anciano loco? ¡Aquí mi gente!
¡Bajad! ¡pronto bajad! ¡que todos vengan!
(Soy muy valiente; pero nunca á solas...)
(Con un grito supremo y llamando á los suyos, al pié de la escalera, los cuales bajan precipitamente. Carlos, Blanca y Ferrán, huyen á un extremo.)

ESCENA VI

SAID, BLANCA, FERRAN, CARLOS, MALEK, JUAN, HASÉN y otros varios Gitanos y acompañantes.

SAID. ¡Vamos, albricias dadme; buena fiesta
se os prepara, os entrego á los cristianos;
haced en ellos la matanza espléndida,
que los odios de raza nos exigen.
Olfatead su carne... *Ellos nos befan,*

con su *baba apestosa* nos escupen...

HASEN. (Á Malek.) ¡Tenéis razón, que acabe su existencia!

JUAN. (A Hasén y á Malek.)
No los matéis, amigos, ved el oro
que nos pueden valer.

HASEN. (A Malek y demás Gitanos.) ¡No importa! ¡Mueran!

BLANCA. ¡Padre!

CARLOS. ¡Hija!

BLANCA. ¡Ferrán!

FERRAN. ¡Piedad!

BLANCA. ¡Dios mío!
¡Señor, por compasión, que se los lleven! (A Sáid.)

(Hasén, Malek y demás Gitanos se llevan rápidamente escalera arriba entre gritos y confusión á Carlos y Ferrán, sin reparar en Blanca.)

ESCENA VII

SAID y BLANCA

BLANCA. ¡Piedad, Señor! ¡Salvadlos!...

SAID. «¡Hijo, véngame!»
(Reconcentrado y sin reparar en Blanca.)
¡y al agua la arrojaron los infames!

BLANCA. ¡Compasión! ¡Compasión!

SAID. Y su cabeza
con un remo partieron en dos partes...

BLANCA. ¡Ya no suplico más! ¡Ya más no imploro!
¡No tenéis corazón! ¡Mónstruo, matadme!
Sangre cristiana por mis venas corre;
yo saqué de su hogar á vuestra madre,
y os arranqué de sus amantes brazos,
y partí su cabeza en dos mitades
lo mismo que se parte una sandía...
y... dispensad, señor, no es que compare
con un melón de agua una cabeza,
que ha de ser para vos muy respetable.
Por último, Sáid, contra tu vida
he atentado también, qnise matarte;

y pues me debes exterminio y muerte,
sólo deseo el *finiquito*... ¡Págame!

(Durante el anterior parlamento, Sáid poco á poco se va fijando en Blanca y se acerca á ella apartándola los cabellos que le cubren la cara.)

SAID. Tu voz es *singa*, música dulcísima...

(Sáid abraza á Blanca (con mezcla de odio y amor, dice la tragedia) y ésta á poco cae abatida en un escabel.)

BLANCA. (Con sus hercúleos brazos va á estrujarme...
aprieta... mas no es mucho... ¿Y cómo puedo
en situación tan árdua rechazarle?...)
¡Ay de mí!

(Desprendiéndose y dejándose caer en un asiento ó banco.)

SAID. Tú eres pérfida y traidora,
gulistraba ó serpiente, voz de ángel
y *garlochín* ó corazón de fiera,
que en el dolor ageno se complace.
¿Cómo es, pues, que hasta aquí siendo de roca
mi corazón se ablanda y se deshace
cual cera derretida?...

BLANCA. ¡Oh! ¡Sí, clemencia!
Yo la imploro, señor, para mi padre
y para todos...

SAID. ¡Nunca! ¡Desdichada!
¿Cómo me pides que á Ferrán yo salve?
¡En tus brazos, jamás vivo ni muerto!
¡Antes en mis entrañas los chacales
y las hienas se ceben, vivo estando! (Con rabia.)
¿Por qué medio ha logrado que le ames?...
(Con dulzura.)

BLANCA. ¡Oh! ¿qué decís?... ¿Yo amarle? Amarle, nunca...
le quiero... como á un primo...

SAID. ¡No me engañes!
¡Oh! ¿Primitos á mí?... ¿Y á tales horas?...

BLANCA. ¡Os lo juro, señor!... ¡Pero salvadles!...

SAID. Vuélvemelo á jurar; pero tus ojos
no de los míos un momento apartes!

BLANCA. ¡Por Jesús! ¡Por un Dios que es vuestro y mío!

(Sáid hace repetidamente con la cabeza un signo de incredulidad.)

SAID. Tuyo, sí lo será; mas por mi parte...

BLANCA. Si no creéis en nada, ¿por quién juro?
¡Lo juro si queréis por nuestras madres!

SAID. ¡Eso ya es otra cosa!... ¡Ahora te creo!

BLANCA. ¡Ved que tienen contados los instantes!

SAID. ¿Y el beso aquel?

BLANCA. De gratitud...

SAID. ¡Oh, Blanca!
¿Por qué los salvo yo? ¡Ni Alá lo sabe!

(Al mismo tiempo de ir á subir por la escalera, baja Hasén.)

ESCENA VIII

BLANCA, SAID y HASÉN

SAID. ¿Qué es de ellos?

HASEN. Que viven; Juan se niega
á entregarlos, no quiere que los maten.

SAID. (A Blanca.)
¿Lo oís?...

BLANCA. ¡Oh, gracias!

SAID. Bueno; pero idos,
os lo ruego, señora... ¡Qué contraste!
(A Blanca muy conmovido.)
¿Por qué la trato yo de *vos* ahora,
si familiar la tuteaba antes?
(Misterios de dialéctica poética,
tal vez reminiscencias regionales.)

BLANCA. ¡Mi Dios no me abandona! ¡Están salvados!
¡Qué triunfo el mío tan verdad, tan grande!
(Vase á su departamento.)

ESCENA IX

SAID y HASÉN. Aquél muy abstraído, no presta atención á lo que éste le dice.

HASEN. Mira que la disputa dura arriba...

(Rumor arriba como de disputa acalorada.)

sube y no pierdas tiempo, que esto es grave.

SAID. ¡Qué día debe hacer hoy tan hermoso!

HASEN. ¡Pues vaya una salida!... ¡Voto á sanes!

SAID. No votes, hombre; ¿ves?... la claraboya
hoy arroja más luz, y reflejándose
en estas aguas lóbregas de abajo,
deja ver los objetos... Mira, á pares
pasan varios galápagos... parejas
deben ser de platónicos amantes
cuando en tal guisa marchan...

HASEN. En un guiso
hicieras tú mejor en presentármeles,
y yo en comerlos, que en mirarlos...

SAID. Oye;
mi perro siempre fiel; *ven que te abrace...*
¡Lo que debes odiarme algunas veces!

HASEN. Como que te conviertes en salvaje
casi á diario.

SAID. Escucha: ¿y no has soñado
cuando formas castillos en el aire,
como los forman todos, que una hermosa
mujer te acariciaba?... ¿No escuchaste
que rozando su boca con tu oido
te dijo alguna vez, ¡viva tu *mare*!
¡*Arza pililí*!... Espérame sentado,
que al fin yo aquí vendré, vendré á buscarte,
para ser siempre tuya, espera... espera...
Dí: ¿lo has soñado?...

HASEN. Sí, y al despertarme
me encontré un puntapié que tú me dabas,
con ronca voz diciéndome: ¡levántate!...
Pero el tumulto crece... arriba luchan...

(Desde este momento no cesa de oirse rumor de lucha y choque de espadas.)

SAID. ¡Oh, traición! ¡sí, traición! ¡Algún infame
nos delató!... La entrada de la mina
á la Guardia Civil descubrió alguien,

y muchos de los nuestros, descontentos
con ella se unirán...

HASEN. ¡Ya no hay escape!

ESCENA X

DICHOS y BLANCA, saliendo de su departamento.

SAID. ¡Pues á morir con ellos! (Yendo á subir la escalera.)

BLANCA. No es posible.
(Interponiéndose y sujetándole.)
Vais á una muerte cierta.

SAID. ¡Oh! ¡No; dejadme!...
¡Resistid! ¡que allá voy! ¡Ve tú en su ayuda!
(A Hasén que sube la escalera, y lo primero á los de arriba.)
¿Me aprisionan tus brazos? ¡Pues la cárcel
sabré romper!

BLANCA. ¡Por Dios!

SAID. ¡No! ¡Paso!... ¡Paso!
¡Con vosotros la muerte!... ¡Ah!... ¡Miserable!...
(Lo primero á los de arriba y desasiéndose de Blanca, y lo segundo porque Blanca al subir Sáid, se ha asido á él y le ha hecho retroceder; pero se ha repuesto en seguida rechazándola con ferocidad. Sube, pero al ir por la mitad de la escalera, tiene que retroceder al ver que bajan victoriosos, Ferrán, Carlos, Juan y Guillén con trajo de Alférez de la Guardia Civil, Soldados de la misma y gentes armadas del pueblo.)

ESCENA XI

BLANCA, SÁID, FERRÁN, CARLOS, JUAN, GUILLÉN y SOLDADOS de la Santa Hermandad.

BLANCA. ¡Ah!

CARLOS. ¡Victoria por Dios! ¡Todo Él lo puede!...
(Desde arriba.)

FERRAN. ¡Muera Sáid!

CARLOS, JUAN y GUILL. ¡Sí! ¡Muera!

SAID. ¡Pero antes

(Cogiendo un hacha formidable que habrá envuelta en su camastro.)

he de morir matando! ¡Oh, madre mía!
¿Sangre demandas?... ¡Te hartarás de sangre!

BLANCA. ¡Oh! ¡No! ¡La tuya no! ¡vida por vida!

(Extendiendo los brazos delante de Sáid para defenderlo.)

FERRAN. ¡Pero Blanca, repara en lo que haces!
que lo estás defendiendo y lo tuteas...

BLANCA. ¡Primo, cállate, primo!... ¡Y nada extrañes!...

CARLOS. ¿Qué detiene tu brazo? ¡Ferrán, hiere,
y que muera ese réprobo!...

(Ferrán va á herir á Sáid seguido de algunos Soldados.)

BLANCA. ¡Tocadle,
y me atravieso el corazón!...

CARLOS. ¡Dios mío!

(Blanca dice lo que marca el diálogo, amenazándose á sí propia con el puñal, y defendiendo á Sáid con el brazo que le queda libre. Grito de sorpresa en Ferrán y de desesperación en Carlos: los Soldados bajan las armas y retroceden. Guillén exclama:)

GUILL. ¡Zapateta! ¡y qué monja más boyante!

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

BLANCA, GUILLÉN y HASEN. Aquélla recostada delante de la puerta del que había sido [illegible] departamento, y en el que ahora está encerrado Sáid. Se la ve dar varias cabezadas como luchando con el sueño. Guillén y Hasén sentados, conversan lejos de Blanca. Es de noche.

GUILL. Se me hará capitán; bien lo merezco.
HASEN. ¡Ah, sí, sois un valiente!
GUILL. Lo agradezco,
porque aunque sea justicia,
no siempre se le otorga á la milicia.
HASEN. Cuando estábais luchando
á bien tuve pasarme á vuestro bando.
GUILL. Obraste con acierto...
HASEN. (Mas fué por ver si á mi amo lo liberto:
yo á Sáid, una perrada
no le juego por nadie ni por nada.)
GUILL. ¿Y qué hace allí esa hermosa?...
HASEN. Está de centinela y no reposa.
Si alguno se aproxima,
ella saca el puñal y se lo arrima;
y ved si será terca;
no le arrima el puñal al que se acerca.
Dice que ella se mata
si de entrar allí dentro alguno trata.

Allí Sáid se encierra
y en amar á Sáid, ella se aferra.

GUILL. Todo el amor lo arregla y lo hace llano.
¡Miren que enamorarse de un gitano,
asesino y ladrón, una monjita
casi profesa ya!... de dinamita
esto acusa que tiene el organismo,
dicho sea con perdón del misticismo...
(Se van por la escalera.)

ESCENA II

BLANCA

El público es muy dueño
de saber cuando sueñe, lo que sueño.
Y que lo sepa todo es mi capricho.
Conque empiezo á soñar: lo dicho, dicho...
—«¡Viles!... ¡No le toquéis!...—Que no es guitarra.
¡Lo van á acuchillar con cimitarra!»
—«¡Ah! ¡no quiero que muera!... ¡que en él hallo
lo que en ninguno ví!... Monta á caballo
con tal agilidad y tal maestría,
que al verlo me convierto en arropía.
Sigo soñando. «*El ansia*» me devora
con una intransigencia abrumadora
de abrazarle; hay momentos ..»
¡Huíd! ¡Huíd! ¡Profanos pensamientos!
«En que vida le diera con mis labios:
»que él se perdió por mí» sufriendo agravios.
Conciencia mía, ¡alerta!
Ya has soñado bastante .. ¡Ahora, despierta!

ESCENA III

BLANCA y FERRAN. Al ver Blanca bajar á Ferrán, se coloca á la puerta del departamento en que está encerrado Sáid.

FERRAN. (¿Qué haré por convencerla?) ¡Prima! ¡Blanca!

Oyeme por piedad: ve que tu padre
á venir va otra vez, y si te halla
aquí de centinela, va á haber bronca...

BLANCA. Resuelta estoy á todo. En esa estancia
sólo Dios entrará mientras yo aliente.

FERRAN. Ve que á tu prometido así le faltas.

BLANCA. ¿Y quién es?...

FERRAN. ¡Es Jesús!

BLANCA. No he profesado
y me empiezan á oler á cataplasmas
tus sermones...

FERRAN. (¡Le ama! ¡Este es un hecho!
Pues á lo hecho, pecho... ¡qué caramba!)

ESCENA IV

BLANCA y FERRAN; CARLOS, que aparece en la escalera y bajando á escena.

BLANCA. ¡Padre! Venid á mí, que estoy sedienta
de vuestro amor y protección.

CARLOS. ¡Ay, Blanca!
Ven á mis brazos, ven; que yo te estreche,
(Se abrazan.)
calmando así mis paternales ansias...
Se me asegura, pero no lo creo,
que á Lucifer, enajenando el alma,
defendías la vida de un retoño
del Mal Ladrón... ¿qué dices?...

BLANCA. No hay palabras
para expresar la lucha en que me ahogo...
¡Ah! perdón para él... ¡Tengo esperanza
de que habrá de abrazar la fe de Cristo,
según es el fervor con que me abraza!

CARLOS. ¡Oh! ¿Qué ha dicho? ¡Señor! ¿Pero es mi hija
la que se expresa así? ¿La que así habla?
¡Es forzoso acabar!... ¡Aquí mi gente!...
(Llamando desde la escalera después de agitarse por la escena.)

ESCENA V

BLANCA, FERRAN y CARLOS; GUILLEN, que acude al llamamiento, bajando con dos soldados.

BLANCA. ¡Dadme fuerzas, Dios mío!
GUILL. ¿Se me llama?
CARLOS. ¡Sí!...
FERRAN. (Á Guillén sin que lo oiga Carlos.)
(No le obedezcáis, que poseído
de un vértigo ahora está...) ¡Buen tío, calma!
CARLOS. ¡Hombre! ¡Nunca me dices otra cosa!
FERRAN. Pues fuerza es el puñal quitar á Blanca;
ya en el acto primero debió hacerse,
y si no en el segundo.
CARLOS. ¡Hombre!... ten calma,
te digo yo á mi vez; si se le quita...
ipso facto se viene abajo el drama;
pero esto quede sólo entre nosotros,
que el público no sepa una palabra.
Voy á explorarla... ¡Mísera! ¡Arrodíllate!
¡Jura que tú no estás enamorada
de aquel hombre! (Señalando donde está Sáid.)
BLANCA. ¡Perdón!
CARLOS. ¡Júralo, júralo!
BLANCA. ¡Es que ignoro, señor, lo que me pasa!
CARLOS. ¿Pues quién lo va á saber? ¡perversa, hipócrita!
que defraudas así mis esperanzas...
BLANCA. Todo lo que hay oculto aquí en mi pecho
lo voy ahora á mostrar, cual las diáfanas
superficies tranquilas de los lagos
dejan sus fondos ver de luz bañadas.
FERRAN. ¡Oh, sí, sí, que lo muestre; nada ocultes!
BLANCA. Si se cierran mis ojos, el fantasma
de ese hombre contemplo... si los abro,
pensando estoy en él, y no me espanta...
Esto será un pecado... pero ¡peca!...

me grita mi conciencia conturbada.
Y aún hay más ..

FERRAN. (¡Lo temía!)

CARLOS. ¿Hay otrosíes?...
¡Ira de Dios! ¡Soldados! ¡Poned franca
esa puerta!...

BLANCA. ¡Eso no!
(Exaltada y poniéndose junto á ella para defenderla.)

CARLOS. ¡Yo te maldigo
si no abandonas la actitud contraria
en que te has colocado!... ¡Aquí soy todo,
tu Dios, tu Rey, tu padre!...

BLANCA. Pues si avanzan
un paso más, será sobre mi cuerpo.
(En el momento en que los Soldados se disponen á avanzar, se abre la puerta dando paso á Sáid.)

ESCENA VI

BLANCA, CARLOS, FERRAN, GUILLEN y acompañamiento de SOLDADOS. SAID, presentándose por dicha puerta con aspecto grave, pero tranquilo.

SAID. ¡Sobre su cuerpo, no! Ninguno pasa
sin el permiso del portero; cúmplase
la ley antigua que rigió en las casas...
. . . .
Luchar no quiero ya, vedlo; os entrego
mis armas por completo, ni una sola
me queda; registradme; estoy vencido:
(Arroja una porción de armas.)
venga pronto la muerte, no me importa.

FERRAN. (La ocasión del puñal, es esta...) Prima,
querida prima, ya lo ves, si él dobla (Por Sáid.)
el cuello á su destino, y se ha entregado,
danos ese puñal, blanca paloma
sin hiel, y pues se entrega...

BLANCA. ¡Pues prendedlo!

(Enarbolando el puñal. Todos retroceden con espanto.)

FERRAN. ¿Qué os dije yo? ¿Traía el puñal cola?...

SAID. ¡Que me saquen los ojos, y á los cuervos
se los den á comer!

CARLOS. ¡Oh, calla, hipócrita!
¿Te vales de que un freno ella nos pone
con ese vil puñal?...

SAID. ¡Mi sangre toda
se trueca en lava hirviente; á extrangularos
os voy entre mis manos poderosas!

BLANCA. ¡Sáid!...

SAID. ¡Oh, no! ¡Perdonadme! ¡Perdonadme!

CARLOS. ¡Soldados, mis deberes os exhortan
á que acabéis con él... heridle!

FERRAN. ¡Quietos!

CARLOS. ¡Ah! ¿Tú?...

FERRAN. ¡Yo le defiendo! Más hermosa
el alma tiene que nosotros...

BLANCA. ¡Primo!...

CARLOS. ¡Oh! ¡Loco está! ¡Gran Dios! ¡Se me desborda
tanta hiel contenida!... ¡Yo lo mato!...
(Avanza hacia él espada en mano, y no puede llegar por ser acometido de un síncope.)
¡Ay!... cáigo. . sostenedme...

FERRAN. (Acudiendo á sostenerle.) Una congoja
le acomete de pronto...

BLANCA. ¡Padre! ¡Padre!

FERRAN. Aire más puro le conviene ahora.
(Le rodean todos y lo suben por la escalera, menos Blanca y Sáid, que quedan en escena.)

ESCENA VII

BLANCA y SÁID

BLANCA. (Aunque todos marchasen de propósito
no lo harían mejor; me dejan sola,
sola con él...)

SAID. (¡*Alá, te lo suplico:*
un mundo dame, que á sus piés yo ponga,
y si ese mundo es un baúl .. que al menos
repleto esté de alhajas y de ropas!)
Señora, Blanca, perdonadme, os veo
sobre todos los seres y las cosas.
El aliento que dais busco y aspiro,
con ansia y ruda sed devoradora,
y en él me anego revolcando el alma.

BLANCA. ¡Ay, Dios mío, qué frase tan hermosa!
su alma se *revuelca, revolquémonos*
en las esferas místicas y airosas.

SAID. Yo siento que una masa que me inunda
de *sangre y de suspiros* bulliciosa,
y *de besos, rugidos de salvaje,*
ayes de aquél que lo infinito goza,
y lágrimas y quejas, y armonías,
que brotando de mil harpas eólicas
arrancan en mi sér *trozos de entrañas*
me *acuden,* y aquí estallan en mi boca,
para deciros que yo os amo, Blanca,
cual vuestro Dios sus ángeles adora.

BLANCA. ¡Oh! me habéis disparado un metrallazo
de ideas y metáforas eróticas,
que estoy por *revolcarme* en el espíritu
de esas dulces palabras tentadoras.

SAID. Pero allí asoma él primo...

BLANCA. ¡Oh! Dios, el primo,
¿nos vendrá á revolcar?. .

SAID. Buena persona
me parece que es, viene contento...

ESCENA VIII

SÁID, BLANCA y FERRÁN

BLANCA. Os traigo una esperanza salvadora;
lo sé; aquella cisterna comunica

con la laguna que hay junto á esas rocas.
En la cisterna os sumergís... nadando
cual si fuéseis un congrio ó una foca;
á un valle al fin saldréis... allí estáis libre:
ganad después la playa: está bien próxima:
embarcáos al punto; á lejas tierras
dirigid vuestro rumbo por ahora;
que ya retornaréis... Blanca os aguarda.

SAID. ¿Me lo juráis?...

BLANCA. ¡Oh, sí!... ¡con mi alma toda!

SAID. Y vos, señor... ¿me concedéis los brazos?...

FERRAN. ¡Y mi afecto también!... ¡qué generosa
tenéis el alma y corazón valiente!...
Y pues vais á emigrar... Tomad mi bolsa,
por si algo os ocurriese; en los viajes
se gastan cantidades fabulosas.

SAID. ¡Oh! ¡rasgo incomparable! ¡cuánto os debo!

FERRAN. Poco... van nada más tres perras gordas...
Y ahora, marchad; la brevedad del tiempo
nos impone su ley abrumadora...
¡Adiós!

BLANCA ¡Gracias! ¡oh! ¡Primo!

SAID. Este es un primo
del que no habrá otro ejemplo en las historias...
(Ferrán se va por la escalera.)

ESCENA IX

BLANCA y SAID. Mientras se está desarrollando esta escena, se ve bajar por la escalera á Hasén cautelosamente, y va á colocarse agazapado junto al brocal de la cisterna, de modo que no sea visto por los interlocutores y sí por el público.

BLANCA. Huye, Sáid.

SAID. ¿Huir?

BLANCA. El tiempo apremia.
Hé aquí mi mano, séllela tu boca;
fúndanse nuestras almas en el ósculo

que te permito dar en fe de esposa.
¿Volverás como vivas?

SAID. ¡Y aunque muera!

(Se coloca dentro del brocal agarrado de la cuerda de la polea, y luégo sale.)

¡Un beso, por piedad! ¡que mi alma toda
pueda depositar entre tus labios
y de ahí á mi retorno la recoja!...

BLANCA. ¡Eso no puede ser!... Dios lo prohibe.

SAID. Pues Guimerá lo manda así en su obra...
Si Dios es Dios... es Guimerá el profeta
que dicta mejor ley en estas cosas.

(Salta del brocal á la escena para dar el beso á Blanca, y no lo puede hacer porque aparece gente en la escalera.)

BLANCA. ¡Oh!... ya no hay tiempo. ¡Adiós, sálvate, vienen!

ESCENA ÚLTIMA

BLANCA, SAID, CARLOS, FERRÁN, JUAN, GUILLEN, y Soldados y acompañamiento de pueblo. Hasén se incorporará cuando el diálogo lo marque.

CARLOS. ¿En dónde está el autor de mi deshonra?

(Ha llegado precipitadamente á la mitad de la escalera con una pistola en la mano.)

¡Muera!

BLANCA. ¡No, padre, no!

CARLOS. ¡Quita le mato!

(Baja un poco más y dispara sobre Sáid en el momento en que Blanca, conociendo la intención de su padre, se pone delante para resguardar á Sáid con su cuerpo, y recibe la bala cayendo herida.)

BLANCA. ¡Ay!...

SÁID. ¡Parricida!

(Acudiendo á sostener á Blanca.)

CARLOS. ¡Cielos!... ¡Me agarrotan
la garganta!... ¡Yo muero... sostenedme!...

(Todos lo rodean y lo sostienen.)

SAID. ¡Blanca!... ¡Mi bien!... ¡La muerte nos desposa!...
¡Paz hallaremos en su helado tálamo,
la paz en este mundo ya no mora!...
(Se sumerge con Blanca en la cisterna.)

HASEN. ¡Sáid, fuí tu buldok, y fuí tu *chucho*,
(Incorporándose de pronto.)
y por si puedo en mi lealtad ahora
sacarte de esas aguas, me convierto
en tu perro más fiel de Terranova!
(Se sumerge en el pozo. Los demás quedan un momento como impresionados y se marchan llevando el cuerpo de Carlos como desvanecido. Telón.)

FIN DE LA PARODIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

ESTRATEGIA CONYUGAL, comedia en un acto, original y en verso.

EL FANTASMA DEL PASADO, drama en cinco actos y en verso original. En colaboración con D. Manuel Valcárcel.

LA RAZÓN Y LA PASION, drama original en tres actos y en verso. En colaboración con D. Manuel Valcárcel.

VERDE Y MADURA, comedia en dos actos original y en verso. En colaboración con D. Pedro María Barrera.

LOS PADRES NUESTROS, comedia en dos actos y en prosa inspirada en una obra francesa. En colaboración con D. Eduardo Lustonó.

CON FAMILIA Y SIN FAMILIA, comedia en un acto, original y en verso.

POR SER PERSONA DECENTE, comedia en un acto, original y en verso. En colaboración con D. Francisco Mendo.

MATRIMONIOS CON RECIBO, sainete en un acto, original y en verso.

MI MISMO NOMBRE, comedia en un acto, original y en verso.

EL NUDO CORREDIZO, parodia en un acto, original y en verso del drama *El nudo gordiano* de D. Eugenio Sellés.

NI MAR NI CIELO Ó LA MONJA DEL PUÑALET, parodia en un acto, original y en verso, de la tragedia *Mar y cielo* de D. Angel Guimerá.